

La cultura política

Gabriel Almond y Sidney Verba (1992).
En Albert Batlle (Comp). *Diez textos básicos de ciencia política*.
Barcelona: Ariel.

La pregunta que se hacen Almond y Verba, en su libro The civic culture, sigue vigente: ¿cuál es el futuro de la democracia? El fragmento que esta vez les presentamos está directamente vinculado con la respuesta a tal interrogante, es el planteamiento de un concepto que engloba las características culturales deseables que los individuos y los sistemas políticos deben aprehender para alcanzar la consolidación democrática ideal, es decir, la comunión de lo que el individuo cree, en el ámbito más personal posible, con lo que piensa del sistema político en el que se desarrolla y con el modo de actuar al involucrarse en la toma de decisiones que implica a una colectividad; así se compone la cultura cívica, lo único que garantizará el buen funcionamiento de los mecanismos democráticos que aseguren la comunión antes descrita es el afianzamiento de estos valores en los individuos, tanto del ciudadano común como del que toma decisiones sobre una nación. He aquí la vigencia de este clásico de la cultura política y el reto para los encargados del estudio y la formulación de propuestas en este ámbito.

Tania López Reyes*

(Fragmento)

La cultura cívica: una cultura política mixta

Hemos tratado anteriormente los orígenes históricos de la cultura cívica y sus funciones en el proceso de evolución social. Sería conveniente deta-

llar, aunque sea brevemente, algunas de sus principales características.

La cultura cívica no es la cultura política, cuya descripción se encuentra en los textos cívicos correspondientes y que prescriben el modo como

* Servidora electoral, adscrita al Centro de Formación y Documentación Electoral.

deberían actuar los ciudadanos en una democracia. Las normas para la conducta del ciudadano que se encuentran en esos textos insisten en los aspectos de participación de la cultura política. Se espera que el ciudadano democrático sea parte activa de la política y se sienta implicado en ella. Además, se supone que, al enfrentarse con la política, obra racionalmente, guiándose por razones y no por emociones. También se entiende que está bien informado y que tomará sus decisiones —por ejemplo, sobre el modo de votar— según un cuidadoso cálculo de los intereses y principios que desea ver favorecidos. Podemos calificar esta cultura, con su insistencia en la participación racional dentro de las estructuras de la política input, como el modelo “activo racional” de la cultura política. La cultura cívica tiene muchos elementos en común con este modelo; en realidad, consiste en esta cultura con alguna cosa más. Efectivamente, subraya la participación de los individuos en el proceso político input. Pero hay algo más.

En primer lugar, la cultura cívica es una cultura leal de participación. Los individuos no sólo están orientados hacia los asuntos input, sino que se orientan positivamente hacia las

estructuras y proceso input. En otras palabras, y para emplear los términos usados anteriormente, la cultura cívica es una cultura política de participación en la que la cultura y la estructura políticas son congruentes.

Más importante aún: en la cultura cívica se combinan las orientaciones políticas de participación con las de súbdito y parroquiales, sin ocupar su lugar. Los individuos se convierten en participantes del proceso político, pero sin abandonar sus orientaciones de súbdito y parroquiales. Además, no sólo mantienen las tres orientaciones al mismo tiempo, sino que las parroquiales y de súbdito son congruentes con las de participación. Las orientaciones políticas no participantes, más tradicionales, tienden a limitar y a aminorar la entrega del individuo a los asuntos políticos. En cierto sentido, las orientaciones parroquiales y de súbdito “manejan”, o mantienen en su lugar, las orientaciones políticas de participación. De este modo, las actitudes favorables a la participación dentro del sistema político desempeñan un papel más importante en la cultura cívica, pero igualmente influyen otras actitudes no políticas, como la confianza en otras personas y la participación social en general. El mantenimiento de estas actitudes

más tradicionales y su fusión con las orientaciones de participación conducen a una cultura política equilibrada en que la actividad política, la implicación y la racionalidad existen, pero compensadas por la pasividad, el tradicionalismo y la entrega a los valores parroquiales. (pp. 193-194)

ae